

## OPINIÓN

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

La palabra noticia ha perdido el sentido de saber por el de mera información. A gran parte de la gente le interesa mucho más estar informada de sucesos que acontecen a diario que tener una noción más razonada de por qué suceden determinados hechos y a qué causas responden.

## El comunicador y las noticias

**N**OTICIA -de *noscere*- significa, en su mejor y originario sentido, conocimiento, noción más o menos profunda de una cuestión, de una cosa. Supone poseer antecedentes, datos y hasta detalles sobre aspectos de una ciencia, un arte, una política o de otros muy variados saberes, disciplinas o temas.

Pero, con el tiempo, este significado derivó hacia otra acepción, hoy mucho más corriente. *Noticia* se emplea como comunicación, por diversos medios, de un suceso, de una novedad muy reciente, que acaba de producirse, que se está produciendo en cualquier parte del mundo, ahora mismo, e incluso, y casi perversamente, que se va a producir. Todo esto, claro está, a criterio del comunicador.

Este carácter de urgencia que connota hoy la palabra *noticia* ha desplazado el sentido de saber, y lo ha sustituido por el de emitir o recibir mera información, muchas veces no contrastada y casi siempre parcial. A gran parte de la gente le interesa mucho más estar informada de gran cantidad de sucesos que ocurren a diario que tener una noción más reposada y razonada de por qué acontecen determinados hechos, a qué causas responden y a qué desenlaces pueden conducir.

Elegir la acumulación de sucesos incoherentes, las más de las veces carentes de interés, resulta así más apetecible para muchos que conocer y reflexionar sobre situaciones o conflictos de una mayor hondura que atañen al presente o al futuro de una ciudad, de un país o de toda la humanidad. El celo, el esfuerzo por conocer el significado de las circunstancias que rodean nuestra vida cede paso a la facilidad de recibir la anécdota como un mensaje publicitario más: leer los titulares de la prensa, ver y escuchar noticiarios velo-

ces... Radio y televisión, especialmente, favorecen las necesidades de una sociedad que, en buena parte, se ha convertido en un inmenso lavadero público en donde el dato, el chisme, el resultado de un encuentro deportivo, la última boda de quien sea, el atentado terrorista más cruel, la fusión bancaria de moda, la detención de un violador y el talante moral de una autoridad religiosa se confunden en un caldo inconsistente, fácil de digerir y, por tanto, fácil de volver a ser suministrado a la concurrencia.

Y así, a causa de la desinformación que produce el exceso de información in-

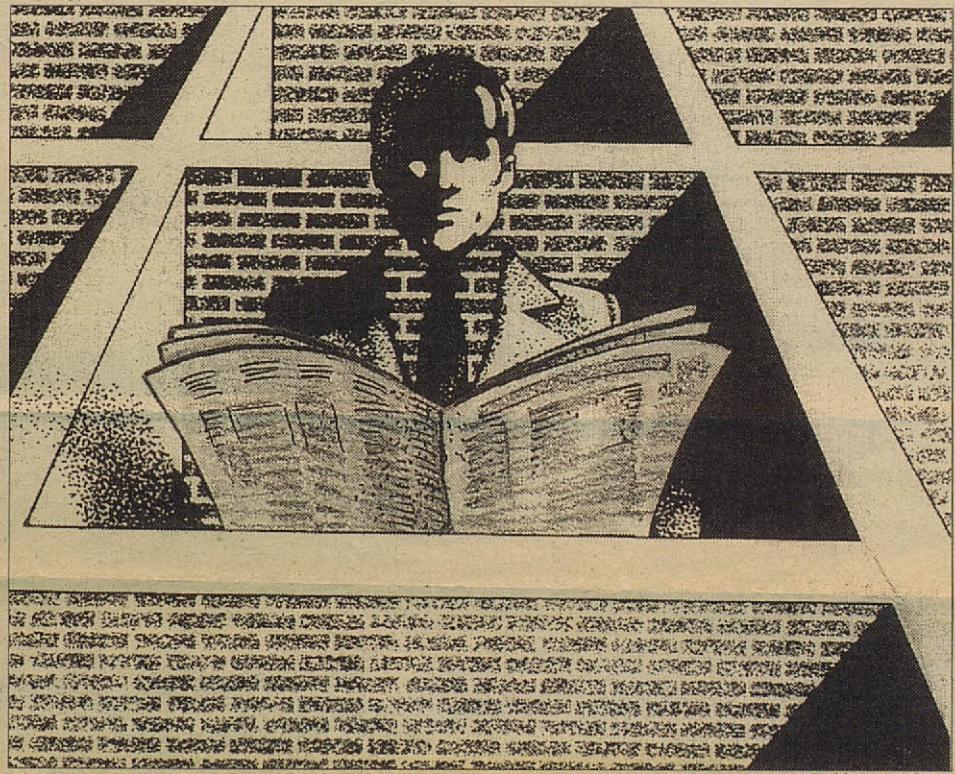
discriminada que empapa el cuerpo social, ocurre tener que oír, por ejemplo, de labios de gente que se considera o que se expresa como conservadora, que ya va siendo hora de que los integristas liquiden de una vez a los pérolidos defensores del régimen de Egipto, o bien aguantar la repetida paliza de personas que dicen ser progresistas y que afirman que, para la buena conducción de un país, los partidos políticos y, especialmente, los que gobernan deben ceder el volante y hasta el cambio de marchas a los sindicatos; así, sin más.

De poco sirve argumentar, a unos, que

la barbarie, el pillaje, la intolerancia religiosa, política y social, y el regreso a una situación medieval y precapitalista, basada en el saqueo, el reparto y el trueque de un posible botín, es lo que ya están poniendo en práctica, en el derrotado Irak y antes en Irán, las fanáticas tribus y sectas islámicas; y de menos sirve todavía explicar, a los otros, que el poder político en manos de los sindicatos suele conducir, como en Argentina con la Confederación General de Trabajadores (CGT) y como antes en otros lugares, a la corrupción, al desgobierno, a la bancarrota y a la dictadura. Pero el caldo está servido, y así, el ciudadano puede ir tirando sin necesidad de pensar, sin peligro de que adquiera el funesto vicio de discurrir.

Y así, leyendo, viendo y escuchando cómo se subliman desaforadamente sucesos lamentables -un crimen, un desfalco, varias muertes por sobredosis de heroína- y reduciendo o minimizando otros hechos de trascendencia nacional, que nos llegan en versiones contradictorias y confusas, se llega a la desinformación por exceso de información. En Estados Unidos la desinformación por intoxicación llega a dar resultados sorprendentes: mucha gente sabe que se perdió la guerra de Vietnam, pero que se compensó por la heroica victoria de la conquista de Granada o Grenada, isla de las Pequeñas Antillas de 311 kilómetros cuadrados (sí, han leído bien, 311 kilómetros cuadrados, o sea, más pequeña que Andorra, que tiene 464), y una población que no llega a los 90.000 habitantes. Más tarde también se magnificó la intervención y ocupación de Panamá, presentando al fantoche Noriega como a un ogro sanguinario -había trabajado para la CIA- responsable de toda la droga que entraba en EEUU.

Pero lo verdaderamente extraordinario fue la victoria en la llamada guerra del Golfo, en la que se machacó a las ciudades provocando miles de víctimas entre la población civil, y se dejó prácticamente intacto al Ejército del fantoche Saddam Hussein, que una vez firmada la paz se dedicó a cazar kurdos y chiitas, causándoles más de un millón de muertos, ante la impasibilidad norteamericana y occidental.



EL SOL/Nacho Ordás

♦ José Agustín Goytisolo es escritor.